HIGIENE Y SALUBRIDAD PUBLICA.

Barrido y regado de las calles de la ciudad.

Cuando no es dable, en un escrito destinado á docta corporación, ofrecer originalidades técnicas, lo que lógicamente se impone es presentar, en síntesis, un asunto de notoria importancia, asunto que, aun cuando no sea nuevo, en cambio su necesidad sea urgente y diaria y su valor sea inmenso, porque redunde de modo tangible en pro del bien colectivo. En condiciones análogas me encuentro al llegar el turno de mi lectura reglamentaria; mas por fortuna para mí, la sección á que tengo la honra de pertenecer abunda en asuntos prácticos de incessantes y trascendentales aplicaciones. Uno de éstos, de apariencia sencillísima, pero en realidad de efectos capitales para la salubridad pública, me dará la oportunidad de insistir, una vez más, acerca de él.

Los progresos realizados en la capital de la República son tan grandes como tan perceptibles; y si en la faz sociológica han llegado á ser admirables, en el orden higiénico, muchos de ellos son de utilidad indiscutible. Tomando estos últimos como punto de partida, me propongo aludir á otros en éste mi escrito.

La realización de la colosal obra llamada "El Desagüe del Valle de México" hizo posible (y perfecta) llevar á cabo la parte principal del saneamiento de la capital. En efecto, se estableció ya irreprochable canalización (con su drenaje en los tubos principales), que ocupando la mayor parte de la ciudad sólo falta para completar tan suprema labor extenderla á la porción que aún no disfruta tan elevados beneficios. El lavado de esta red de tubos se hace de modo correctísimo con agua especial y abundante para ello. Se cuenta ya, en grande extensión superficial de las calles, con pavimento impermeable *ad-hoc*, el que llegará á la perfección al ocupar toda el área de la ciudad.

Dentro de muy poco tiempo la capital disfrutará de agua potable, en cantidad suficiente y en calidad excelente, puesto que los cristalinos manantiales de Natávitás, San Luis, etc., la abastecerán en primer lugar.

La exuberante vegetación del incomparable Chapultepec, las hermosas hileras de árboles que sirven de margen á la avenida de la Reforma y á otras muchas calzadas del Distrito Federal, así como las plantaciones que se hacen de vegetales de ornato y arbolillos en el interior de la Metrópoli, son múltiples garantías de purificación atmosférica.

Pues bien, al lado de tan grandes mejoras, que tan eficazmente contribuyen en bien de la salud y el bienestar de los ciudadanos, obras que para ser felizmente terminadas han exigido muchos millones de pesos, grandes esfuerzos intelectuales, el trabajo muscular de incontables obreros y el factor tiempo, al lado de todo esto, digo, hay algo enteramente deficiente, que es factor de salud y decencia y que urge corregir cuanto antes. Por otra parte, lo que falta por hacer, ni ha menester mucho dinero, ni necesita tanta labor mental, ni exige muchos operarios y sólo pide reducido tiempo. Se trata del *aseo* de la ciudad, del mejor modo de efectuar el *barrido* y *regado* de las calles. En la actualidad este servicio esta encomendado al vecindario, y cada vecino lo ejecuta, en la parte proporcional de la vía pública que le es anexa, de la manera que á él parece ó le conviene. La más sencilla observación muestra que el desempeño de toda la labor es positivamente defectuoso. En efecto, hay vecinos (y no pocos en número, sobre todo en los barrios) que sólo remueven la basura, sin quitarla y que apenas humedecen el

suelo, y cuando ésto hacen, se valen del agua más inmundada que á mano tienen. Por el contrario, hay otros, especialmente en las colonias modernas, que hacen practicar el *aseo* de un modo perfecto. Pues bien, entre estos dos extremos, hay una larguísima escala que pone de manifiesto todo lo que hace cada uno según su grado de cultura, la importancia que da al hecho, los recursos con que cuenta ó la tolerancia de los que vigilan. Si á esto se agrega, que la gran mayoría ejecuta el *barrido* sin el previo *regado* y levanta tal cantidad de polvo que á manera de espesas nubes envuelve á los transeuntes, ensuciando sus vestidos, causándole molestias y siéndole peligroso para su salud, se tendrá idea aproximada del atraso teórico-práctico en que aún estamos á éste respecto.

¿Y cuál es el remedio de imperfección tan grande? Encargar este importantísimo servicio á quien tiene el imprescindible deber de hacerlo.

Lo mismo que el *aseo* personal es estricto deber del individuo, el *aseo* de la casa es importante obligación de la familia, la *limpieza* de la ciudad es supremo deber de la autoridad comunal.

Socialmente hablando, la higiene privada está á cargo de cada uno, pero la higiene pública es función de la autoridad.

"El *aseo* de la ciudad es el eje de la higiene urbana," ha dicho Fonssagrives, y tiene completa razón, porque si ella es condición de vida diaria, es más urgente si la salud pública disminuye, y lo es más aún si sobrevienen epidemias.

Lo primero es el *barrido* y *regado* de las calles, plazas y plazuelas; pero este *aseo* debe hacerse *bien*, *pronto* y *oportunamente*. Para que se haga *bien* es preciso que sea uniforme y metódico; lo cual sólo se consigue si es mandado y vigilado por la autoridad y ejecutado por compañías *ad-hoc* (y no irrisoriamente una parte por cada vecino). Para que se haga *pronto* es preciso personal adecuado y emplear medios mecánicos; y por último, para que sea *oportuno* debe ejecutarse á las horas de menor movimiento urbano.

Desde que el eminente Franklin indicó que el *aseo* de las ciudades debía hacerse por personas y medios á propósito, hasta nuestros días, han adelantado mucho, tanto los conocimientos como los medios para realizar este servicio; pero tal parece que

nosotros ignoramos esto, y no tenemos ni aptitud ni recursos para alcanzar tal beneficio.

No hace muchos años que París tenía 11.300,000 metros cuadrados de vía pública y la administración municipal gastaba en el *aseo* 2.300,000 francos, con beneplácito de los vecinos y provecho de la *salud pública*.

Los hechos señalados y las pocas palabras dichas son suficientes para pedir, en nombre de la salud pública, y con la elocuencia de la verdad: que en la capital de los Estados Unidos Mexicanos se haga el *aseo* urbano de acuerdo con los adelantos modernos y conforme á los preceptos de la *Higiene*.

México, marzo 18 de 1908.

LUIS E. RUIZ.